

---

### CAPITULO III

Iniciación en la vida pública.—Estado del país.—Filiación de Juárez en el partido liberal.—Principio de su carrera política.—Juárez Gobernador del Estado de Oaxaca.—Juicio sobre su administración.

La vida política de Juárez comenzó en 1828, cuando era todavía alumno del Instituto, y con motivo del periodo electoral más reñido que registra nuestra Historia, cuando el partido yorkino, que era el liberal republicano, postulaba al gran patricio Don Vicente Guerrero para la Presidencia de la República, y el partido escocés, conservador y monárquico, sostenía la candidatura de Gómez Pedraza, quien, en verdad, no era conservador, sino algo peor aún: pertenecía al partido moderado, el más funesto de cuantos se conocen en política.

En efecto, el partido moderado no se compone, como algunos creen, de hombres que están equidistantes de los partidos extremos; sino de los conservadores que han avanzado hasta el punto máximo que les es dado alcanzar, y que están siempre expuestos, cuando no dispuestos, á retrogradar hasta el punto de partida, y se hallan imposibilitados para pasar las fronteras del liberalismo. Son los convalecientes del retroceso, siempre expuestos á la recaída.

Son irresolutos, porque son tímidos, y á las veces hasta cobardes. No tienen el valor de su opinión; quizás no tienen opiniones. No se puede confiar en ellos, porque no se sabe cómo piensen hoy, y mucho menos como pensarán mañana.

Son los quirópteros de la política; tienen alas, como los li-

berales, y pies, como los retrógrados. Viven entre las ruinas de los templos, para hacer creer á los reaccionarios que son ratones; salen al espacio al morir la tarde, para hacer creer á los liberales que son golondrinas.

El murciélago debe ser, en el orden zoológico, un animal de transición; el moderado es, en el orden político, un animal de transacción.

Gómez Pedraza es un buen indicio de ello; Comonfort es la prueba toral.

Gómez Pedraza no tuvo escrúpulos en aliarse con los conservadores y los iturbidistas recalcitrantes. Dirán que los iturbidistas y los retrógrados fueron los que se agruparon en derredor de Gómez Pedraza. Tanto da; siempre veo la ley de las afinidades: *similia similibus conjungitur*.

En Oaxaca la lucha fué encarnizada. El partido liberal se mostró demasiado intrépido, y las autoridades contuvieron su osadía á balazos. Los alumnos del Instituto tomaron parte en la brega, en favor de las ideas avanzadas, y Juárez ocupó su puesto entre ellos.

Triunfó Gómez Pedraza, tuvo á su favor el número. Guerrero, esa soberbia figura de nuestra independencia, cometió entonces un grave error y dió un funestísimo ejemplo, que después fué seguido casi sin interrupción: desconoció el voto y confió á las armas la rectificación de la voluntad popular expresada por sus órganos legítimos: las Legislaturas de los Estados.

Gómez Pedraza apenas opuso resistencia. Guerrero triunfó. Desde entonces la silla presidencial fué el premio de la victoria alcanzada por un soldado de fortuna, y se perdía por el éxito de cualquiera conspiración, en la que entraban más el personalismo de un caudillo y los intereses de un partido, que el culto á la patria y el verdadero amor á las instituciones.

Algunos creen que Iturbide nos dió el primer ejemplo. No es verdad: Iturbide dió un golpe de Estado para cambiar la forma del gobierno. Guerrero hizo la primera revolución para apoderarse del poder, del que estaba excluido por la mayoría del voto público. *Sum cuique*.

Juárez se afilió en el partido liberal por convicción razo-

nada. La primera derrota que sufrió cuando las elecciones presidenciales, no disminuyeron sus convicciones, sino que más bien las fortalecieron, y acabaron de arraigarlas con sus doctrinas dos pensadores ilustres, que fueron los favoritos del estudiante indígena: el venezolano S. G. Roscio y el francés Benjamín Constant.

¿Aprobó Juárez la conducta de Guerrero? No lo sé. Quizás reprobó el modo y aceptó el hecho.

Siendo aún estudiante, en 1831, fué electo Don Benito popularmente regidor del Ayuntamiento de Oaxaca. Empezó la vida pública ascendiendo por el primer escalón, el del municipio.

Al año siguiente sus conciudadanos lo eligieron diputado á la Legislatura del Estado que funcionó en el bienio de 1833 y 1834. Entonces, no sé si como prueba de su amor á la memoria de Guerrero, ó como un reto al partido conservador que lo había arrojado del poder y que, valiéndose de la traición más negra que registran los anales de nuestro Continente, lo asesinó en la villa de Cuilapan, presentó Juárez el proyecto de decreto que con él subscribieron los diputados Francisco Banuet y Joaquín Mimiaga, declarando que los restos del ilustre caudillo pertenecían en propiedad al Estado de Oaxaca; que Cuilapan se llamara Ciudad de Guerreroitlán: que se invitase á Doña Guadalupe Hernández, viuda de Guerrero, á que visitase la tumba del héroe, por cuenta del Estado; y que se declarase ciudadano oaxaqueño al Señor Don Mariano Riva Palacio, hijo político del finado General.

Ese acto revelaba un alto espíritu civil de parte de sus autores. Era la protesta viva ante la Historia contra el crimen proditorio perpetrado por el brutal presidente Bustamante y sus sanguinarios ministros Facio y Alamán.

El período de 1834 á 1842 es el más obscuro de la historia de Juárez. No fué una época de inacción, eso es seguro; lo fué de estudio, de observación, de reflexión. Aquel hombre veía las fluctuaciones de la política, fluctuaciones que siempre se resolvían en pro del partido conservador, y comprendió que si el liberal sucumbía casi de continuo, era porque le faltaba un verdadero caudillo. Juárez no conspiró; pero sí contribuyó á mantener vivo el fuego sagrado de la libertad.

Cierto es que, como alguien ha dicho, no descolló por las galas de su palabra, que era llano en el decir; ni por la brillantez de su ingenio, que era reflexivo; ni por la vehemencia de sus opiniones, que era sereno.—Pero eso que algunos pudieran tomar por carencia de dotes, constituye precisamente sus principales dotes, y fué lo que hizo, en cierta ocasión solemne que un condiscípulo suyo, D. Miguel Méndez, un clarividente que murió en temprana edad, exclamase, señalando á Juárez: «Y este que ven ustedes, reservado y grave, que parece inferior á nosotros, éste será un gran político, se levantará más alto que nosotros, llegará á ser uno de nuestros grandes hombres y la gloria de la Patria.»

Juárez no fué nunca un orador, sino un pensador, y cuando hablaba exponía con brevedad y claridad, porque quería ser comprendido, y no aplaudido; porque trataba de convencer, y no de alucinar.—Sus ideas no nacían en la explosión que deslumbra, pero que es efímera; sino que se formaban por cristalización, que es lo que tiene solidez y perdura. No tenía la vehemencia, que sólo arrastra momentáneamente; sino la serenidad que se impone, que domina y hace indestructibles sus efectos. Los de palabra galana son, por lo común, valientes en la tribuna y cobardes en la vida práctica, como Cicerón, y en la desgracia huyen, ó se refugian en la muerte, por el suicidio. Juárez poseía la verdadera elocuencia, aquella que, según La Rochefoucauld, consiste en decir todo lo que es necesario, y en no decir más que lo necesario. Aborrecía la locuacidad, como Teofrasto, quien la llamaba «intemperancia del pensamiento;» creía, como Vauvenargues, que la claridad es el mejor adorno de un pensamiento profundo.

Juárez nunca fué de los hombres que discurren é inventan con rapidez y facilidad, que esos son los teóricos, con más facultades de artistas que de gobernantes, inútiles para las cosas prácticas, como Emilio Castelar, quien, en los breves instantes que tuvo el poder, anuló toda su gloria de brillante ingenio.

Juárez nunca movió ni se movió con ímpetu y violencia, que esos hombres vehementes son como Dantón, propios para demoler, jamás para reconstruir.

✓Sí, es cierto, fué llano en el decir, reflexivo y sereno. De allí todos sus méritos, de allí toda su obra, de allí toda su gloria.

En ese período obscuro de su vida, obscuro por ignorado, se reconcentró en sí mismo, resolvió atacar los abusos que aniquilaban á la patria; pero antes de emprender la noble tarea, quiso ver si era posible arruinarlos hasta en sus fundamentos; y resuelto ese punto, meditó en el cómo la llevaría á cabo.

El gobierno reaccionario se empezaba á fijar en él. En 1836 lo aprehendió y lo tuvo en la prisión durante algunos meses, por creerlo complicado en la revolución que abortó entonces.

Ya no volvemos á verlo figurar en la vida pública hasta el año de 1841, en que fué nombrado juez civil y de hacienda, en cuyo puesto permaneció hasta 1844, que pasó á desempeñar la Secretaría de Gobierno del Estado de Oaxaca.

¿Cómo pudo el liberal Juárez aceptar ese puesto cuando el gobernador era el general León, afiliado en el bando retrógrado? Fué en virtud de una transacción hecha entre los dos partidos antagónicos, y como resultado del prestigio alcanzado por los liberales.

✓Pero todos se equivocaron: Juárez no servía para el caso, pues no podía contemporizar con su jefe, halagando á los reaccionarios, ni conspirar contra su jefe, halagando á los liberales. Carecía de ductilidad para lo primero, de deslealtad para lo segundo, y, ya lo he dicho, Juárez fué un revolucionario, pero no un conspirador.

Pasó á ocupar casi inmediatamente la fiscalía del Tribunal Superior de Justicia, y allí permaneció hasta fines de 1845 en que triunfó el general Paredes, ese émulo de Santa-Anna, vaciado en su mismo molde; pero cuando triunfó la revolución de 1846 y el Estado de Oaxaca reasumió su soberanía, la Junta Legislativa eligió un triunvirato para entregarle el poder ejecutivo, y los triunviros fueron Fernández del Campo, hombre que había pertenecido á todos los partidos; Arteaga, hombre demasiado ligero de cascos, y Juárez «quien había manifestado siempre buen juicio, aplomo en sus decisiones, firmeza de principios políticos y, sobre todo, una honradez á toda prueba.»

Poco duró aquel triunvirato disparatado, pues que se adoptó la desusada Constitución de 1824. Fué electo gobernador Arteaga, y Juárez fué designado por el pueblo para que lo representara en el Congreso Constituyente que se reunió en la Capital de la República, en el mismo año de 1846. Allí figuró entre los hombres del partido rojo; fué miembro de la comisión del Gran Jurado; sostuvo y votó la ley que ordenó hipotecar los bienes del clero para acudir á la defensa del territorio nacional invadido por el ejército norteamericano.

En ese Congreso se hallaban representados los tres grandes partidos políticos en que se dividía la nación: el liberal, el reaccionario y el moderado. Ninguno de los tres tenía mayoría absoluta, y aunque el primero era relativamente el más numeroso, si se aliaban los otros dos podían dominar por el número. Y sucedió lo que tenía que suceder, lo que siempre sucede en virtud de la ley de afinidades: reaccionarios y moderados se compactaron. A pesar de eso, triunfó el proyecto de ley en la Cámara, por un fenómeno que atribuyo á la indecisión de algunos moderados, á la pusilanimidad de otros, que los obligó á desertar, ó á un fulgor de patriotismo que brilló en alguno de ellos, porque se discutía y se votaba cuando los cañones norteamericanos atronaban el país.

Esa ley iniciada por los Sres. Lazo, Alcalde, Perdigón, Garay y Othón, y sostenida patrióticamente por Rejón, Ramírez, Juárez, Banuet, Cañas y otros, no tuvo efecto. Los vencidos en la Cámara promovieron el motín llamado de los Polkos, y dieron el repugnante espectáculo de la revolución más miserable, frente al enemigo invasor, privando á la Patria de sus últimos recursos.

Santa-Anna, que era el Presidente efectivo, abandonó el campo de batalla, regresó á la Capital, arrebató las riendas del Gobierno al patriota Gómez Farías, transigió con el clero, disolvió el Congreso y consumó la ignominia.

Juárez regresó á Oaxaca, donde se había entronizado de nuevo el partido clerical, merced á la asonada del 15 de Febrero de 1847, cayendo el 23 de Octubre del mismo año, á impulsos de la revolución liberal. Restablecido el orden, la Legislatura aceptó la renuncia que del gobierno tenía presentada el Sr. Arteaga, y nombró gobernador á D. Benito Juárez,

quien prestó el juramento de ley el 30 del mismo Octubre, llegando así al puesto más encumbrado á que podía ascender en su Estado natal.

El período constitucional feneció el 12 de Agosto de 1849; se procedió á nuevas elecciones para el trienio siguiente, y en ellas triunfó Juárez, á pesar de los poderosos esfuerzos de los reaccionarios y clericales, y continuó en el poder hasta el 12 de Agosto de 1852, y no fué reelecto otra vez porque la ley lo prohibía de un modo terminante.

Dice el Sr. Zerezero, en su biografía de Juárez: «Estos cinco años de su administración fueron los que comenzaron á hacer de Juárez un hombre notable y conocido en toda la República. El Estado de Oaxaca había seguido en nuestras contiendas civiles la misma suerte del resto de la Nación: *no había administración de justicia, no había soldados, no había hacienda*, y en medio de aquel caos aumentaba la confusión la pérdida que el 18 de Septiembre de ese año (1847) había sufrido el Estado, acabando completamente su división con su valiente jefe á la cabeza (el general León) en la batalla dada á los americanos ese mismo día en el Molino del Rey.

«Juárez empieza inmediatamente á levantar fuerzas y establece una maestranza, que en poco tiempo construye una batería de bomberos y pertrechos suficientes de guerra, decidido á continuar la guerra, como lo estaban todos los oaxaqueños.»

Y aquí dejo la palabra al mismo Juárez:

«Luego que me encargué del gobierno del Estado de Oaxaca, en 1847, los partidarios de la administración ilegal que acababa de desaparecer, unidos á los que deseaban la vuelta del Sr. Arteaga al gobierno, comenzaron á trabajar activamente en formar un motín que diese por resultado la realización de sus deseos, y obligaron al gobierno, que entonces se ocupaba en preparar la defensa del Estado contra la invasión extranjera, á dictar las medidas necesarias para conservar el orden público. En tales circunstancias se recibió la noticia de que el general Santa-Anna, que estaba ya separado del mando del ejército de la República, había llegado á la ciudad de Tehuacán con el intento de dirigirse á la capital de Oaxaca. Esta noticia alentó á los perturbadores del orden en dicha capital,